



## Mensaje de Navidad

En el silencio de aquella noche santa la Virgen María dio a luz a su hijo y lo colocó en una cuna de pajas, en un establo, porque Ella y José no encontraron un lugar donde protegerse del frío. Es la Nochebuena, es Navidad. Jesús nace en una sobrecogedora pobreza y desde la humildad de la cuna de Belén divide la historia del mundo en dos tiempos, que marcan desde entonces los acontecimientos ocurridos antes de Cristo y después de Cristo.

Pero la incidencia de Jesús en la historia va más allá de esto y es más profunda, pues Jesús trae a los hombres un modo nuevo de ver la vida y de contemplar el mundo, y esto hace posible no sólo considerar las épocas de la humanidad a partir de El, sino también que la conciencia y el corazón humano definan su orientación con relación a la persona de Jesús, a su palabra.

Hablando el lenguaje sin palabras de la inocencia de un niño en la cuna de Belén, o haciendo oír su voz junto al lago de Galilea o en el Templo de Jerusalén, Jesús nos invita a descubrir que el Reino de Dios está cerca. Jesús llama Reino de Dios a ese modo nuevo de ver el mundo y de encarar la vida que El viene a proponernos.

¿Cuál es ese modo? Si entras en una iglesia en estos días y te acercas al lugar donde están las imágenes del Niño Jesús, contemplado por la Virgen María y por San José y te quedas unos minutos en silencio ante esa escena, podrás comprender de manera muy personal que con Jesús llegó a la tierra algo nuevo, comenzarán a brotar en ti sentimientos esenciales de ternura, de paz, de deseos de bien, que van abriéndose paso dentro de tu corazón. Déjate llevar por ellos, son los mejores sentimientos humanos, que en esta época del año nos invita a despertar en nosotros ese yo bueno que dicen las primeras páginas de la Biblia que todos llevamos dentro, porque Dios al crearnos ha puesto su imagen en lo más hondo de nosotros mismos.

Eso es Navidad, encontrar lo mejor de ti mismo, que Dios ha sembrado en lo profundo de tu ser y alegrarte por haberlo hallado. Reza entonces el Padrenuestro y repítele a Dios Padre lo que Jesús te enseñó a pedirle: “venga a nosotros tu reino”, ese reino que se anuncia ya en la paz y la alegría serena que sentimos al descubrir lo bueno que llevamos dentro. Pide también que llegue ese reino al corazón de los tuyos, de los amigos, de todos tus semejantes en tu pueblo o ciudad. Pídele a Dios Padre que la alegría y la paz, que sólo El puede dar, alcance a todos en Cuba y en el mundo entero.

Pero, ¿también a los malos? ¿También a los que sentimos distantes y fríos? ¿También a los enemigos? Si quieres que el yo bueno que la Navidad intenta despertar en ti se incorpore de verdad de modo perdurable a tu vida diaria es necesario entrar en la dinámica del Reino de Dios, tal como Jesús nos la ofrece. Las preguntas sobre buenos y malos, sobre amigos y enemigos hallan en Jesús una sola respuesta: el amor. Y es precisamente el amor lo que intenta aflorar en nosotros en este tiempo navideño en cada sentimiento noble o altruista que surge del yo bueno que llevamos dentro. Debe ser ese amor sin ribetes ni sombras, como el que Jesús nos describe valientemente, pidiéndonos que lo aprendamos de El, que es manso y humilde de corazón. Dejémosle la palabra al Maestro: “si ustedes

aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen? eso lo hace también cualquier otro; ustedes, amen a sus enemigos, recen por quienes los persiguen y así serán hijos del Padre celestial que hace salir el sol para bueno y malos y manda la lluvia para justos e injustos” (Mt 5, 44-46).

Ese amor sin fronteras debemos aprenderlo mirando a Jesucristo. Contemplándole en la cuna de Belén hemos sentido la eclosión del amor en nosotros, verlo más tarde acogiendo al pobre, sanando al enfermo, perdonando a los pecadores, clavado en la Cruz, nos deja atónitos: “Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo” (Jn 3, 16). Descubrimos así que el Reino de Dios que Jesús quiere plantar en este mundo no es más que el reinado del amor de Cristo. Pero, ¿lo ha logrado en estos 2000 años y algo más que nos separan de la primera Navidad? No, aún no.

Jesús vino a proponer el amor, pues el amor no se impone, y los corazones humanos pueden cerrarse al amor. El reino de Dios tiene además opositores, según las mismas palabras de Jesús: “Desde Juan el Bautista hasta ahora el Reino de Dios sufre a causa de la violencia, pues los violentos quieren arrebatarlo” (Mt 11, 12). Estas son palabras iluminadoras. En efecto, la justicia puede ser impuesta por hombres violentos y nosotros mismos podemos tratar de combatir el mal violentamente... se da así la violencia familiar con los hijos no obedientes, la violencia del esposo en el trato a su mujer, en las relaciones interpersonales y en la vida social. Existen además violencias estructurales del poder y de los modos de resistir al poder... y muchas de esas acciones violentas pueden ser inspiradas por reclamos positivos de justicia, por reivindicaciones esperadas y no obtenidas, por un deseo de justa restitución de lo debido, etc.

La historia de la humanidad está plagada de violencias llevadas a término por motivaciones aparentemente muy nobles, algunas de ellas con responsabilidad de los cristianos, como las Cruzadas, para “recuperar el sepulcro de Cristo”. La atención social debida a los pobres, ¿no ha llevado a guerras, a luchas de clases a veces cruentas? La búsqueda del orden y la tranquilidad ciudadana ¿no han generado en ocasiones violencia contra personas aún inocentes?

En la vida de un cristiano no bastan para actuar las causas nobles o el bien subjetivo u objetivamente considerado como urgente. Esto ha llevado a menudo a hombres y mujeres de ideologías diversas, y aún opuestas, al uso de métodos igualmente violentos. Lo que identifica el Reino de Dios, que hace presente el creyente en Cristo Jesús en medio del mundo, es el papel central e irremplazable que juega el amor en la tarea de establecer en la humanidad un orden renovado por la justicia y la paz.

En las celebraciones que jalonan en La Habana el tiempo que va desde el mes de septiembre hasta el fin de año: la Virgen de la Merced, San Judas Tadeo, Santa Bárbara y sobre todo San Lázaro, decenas y decenas de miles de personas han peregrinado a los distintos santuarios. Un clamor unánime de paz se ha escuchado más este año que en años anteriores en esas manifestaciones de fe de tantos creyentes, hombres y mujeres de cualquier edad, pero sobre todo jóvenes. ¡Cuántas cosas quiere decir el cubano en este momento especial de nuestra historia nacional cuando pide paz!: Que nada perturbe la convivencia social, que mejore para el año próximo la situación general y crezca el bienestar, de modo que podamos vivir tranquilos. Expreso en clave popular el contenido del deseo de paz de nuestro pueblo que se hará seguramente súplica honda y sentida en la Misa de medianoche el próximo día 24 de diciembre, cuando celebremos en la Nochebuena el nacimiento de Jesús y escuchemos a los Ángeles que anuncian: “Paz en la tierra a los hombres que el Señor tanto ama”.

Queridos hijos e hijas, el reencuentro con lo mejor de nosotros mismos, que Dios propicia y favorece con su amor en este tiempo de Navidad, traerá ciertamente la Paz a sus corazones, acompañada de una serena alegría que debe ayudarles a desterrar de ustedes las tentaciones de inquietud ante el futuro o de desesperanza, que puedan surgir en sus corazones en esta Navidad del 2006. No olviden que el otro nombre de Jesús es Emmanuel, que significa Dios-con-nosotros. Y “si Dios está con nosotros, ¿Quién estará contra nosotros?” (Rom 8, 31). Que esa confianza los fortalezca.

Así lo pido para ustedes en mi oración ante el Niño Dios nacido en Belén. Los invito a todos a unirse a mi oración que será también por la Paz de Cuba en esta Navidad y siempre y por el bienestar de todos los cubanos en el próximo año 2007.

Con mi bendición les deseo una FELIZ NAVIDAD.

+Cardenal Jaime Ortega Alamino  
Arzobispo de La Habana